

## UN DÍA DE DIECIOCHO HORAS

Los dos comíamos tranquilamente. Seguro que inconscientemente, porque no lo recuerdo ahora mismo, pensábamos, quizás algo entristecidos, en lo que acababa de decirnos la doctora: "Aún faltan, al menos, dos semanas".

Terminábamos de comer los espaguetis cuando, con la naturalidad de siempre - parecía que estuviera hablando de otra cosa cotidiana - me dijo que había llegado el momento.

- ¿Sí? - le pregunté, terminando de sorber los cuatro últimos fideos entrelazados sobre mis labios, y notando como mi estómago me decía que el comer se había terminado. Allí dentro no entraba nada más... "Cerrado por asuntos personales".

- sí - me dijo con una mezcla de miedo y emoción que me hizo comprender la importancia del momento que nos tocaba vivir, y para el que, sin saberlo, estábamos totalmente preparados... Es curiosa la mente humana en momentos extremos... y ese lo era sin duda.

Llenándonos de una tranquilidad, que sin duda habíamos robado sin darnos apenas cuenta, preparamos las maletas, nos vestimos, hicimos unas llamadas, y salimos en dirección del centro de la extraña suma que nadie podía rebatir a pesar de su inexactitud teórica.

Hasta ese momento habíamos vivido en el mundo de Uno más uno son dos, y las matemáticas, como sucedió cuando pasamos del colegio al instituto, iban a volverse no más difíciles, pero sí más complicadas de entender. A partir de entonces, nunca más uno más uno volverían a ser dos para nosotros.

Usando el teléfono, hablando con una gente que - ahora sí me daba cuenta - quizás estuvieran demasiado lejos, derramé mis primeras lágrimas.

Olvidando nuestra propia y feliz inconsciencia salimos en el coche en un trayecto, que tengo que reconocer que se me hizo interminable. El viaje era de dieciocho minutos, y lo hicimos en diecisiete, pero cada minuto parecía una hora, cada kilómetro consumido parecía sumarse, en lugar de restarse, y no llegaba la hora de ver ese vasto edificio rojo... esa nueva calculadora capaz de la más difícil de las sumas.

Bajamos del coche, ¡y seguíamos tranquilos!. Nos dirigimos a una fría y amplia sala donde estuvimos sentados más de diez minutos mientras una mujer de corto pelo rizado, con gafas sobre el bolsillo de su bata, y con una camisa de flores, sentada tras una mesa de madera vieja, atendía a un matrimonio de ancianos que, sin saber porqué, me hizo recordar a nuestros padres... ¿Porqué estaban tan lejos?

Tras un hombre alto, serio, y de rápido caminar, anduvimos varios pasillos silenciosos y sin final. Macu miraba al suelo, intentando no perder el ritmo de su respiración, concentrada en su nueva obligación, y yo la cogí de la mano sintiéndome orgulloso de ella como nunca lo había estado. ¡Qué guapa estaba!... Nunca la sentí "tan mi mujer..."

Sentados en unos asientos de madera y cuero verde esperamos la llegada de otra mujer, que, asomando su cabeza tras la puerta roja, llamó a Macu por su nombre y apellidos, diciéndome que no podía pasar con ella.

¡Dios!, qué miedo pasé en esos momentos. Estuve solo más de veinte minutos, sin saber nada de ellas, sin saber si todo iba bien, si ella estaba tranquila, si me necesitaba y no podía estar a su lado, y es que yo sí la necesitaba a mi lado... sobre todo necesitaba hacerla sentir acompañada, hacerle ver que nuestro nudo gordiano jamás conocería otro Alejandro.

Saliendo de la sala me atreví a entrar por otra puerta prohibida para mí. "Terminantemente prohibido" decía el cartel, pero yo no estaba en esos momentos para ser un ciudadano ejemplar... Mi rebeldía pudo con mi civismo.

Mi miedo a la vergüenza, y al reproche fue menor que el deseo de verla.

Por ese pasillo silencioso - solo se oía el ruido de máquinas motorizadas - caminé casi pegado a la pared, como un recluso que busca la salida de la cárcel evitando a su carcelero, y pegué mi cara a una puerta para intentar escucharla.

Pero ella no estaba allí. Seguí avanzando lentamente, y una joven, simpática - eso sí - me dijo que no podía estar allí, que tenía que salir inmediatamente, y le dije, casi con sollozos - que no sabía nada de ellas, y que tenía que estar a su lado.

Cinco minutos después la misma mujer que impidió mi avanzadilla, quizás viera la zozobra en mi mirada, me pidió que la siguiera con una amplia sonrisa para llevarme a su lado, y allí estuve, observándola rodeada de correas, mientras escuchaba el sonido mecánico de un corazón que empezaba a fundirse con el mío.

Casi dos horas en silencio, observándola, pasando un calor sofocante, permanecimos en una minúscula habitación observando unas extrañas gráficas que dibujaban un rostro que deseábamos descifrar cuanto antes.

Tras varias horas en silencio, emoción, y usando palabras no sonoras vi en mi mujer todo el amor que necesitaba en esos momentos.

Nos pasaron a otra habitación, la definitiva nos dijeron, y nuestros padres - no se podía esperar menos de ellos - ya estaban casi llegando a nuestro lado. La emoción al oír sus voces a través del teléfono diciéndome que ya casi habían llegado me hizo comprender que las horas pasaban volando. Habían pasado ya siete horas y necesitaba verles y abrazarles.

Loli y Carlos - ¿habrá alguna forma de pagar tanto cariño? - estuvieron allí con nosotros, a la espera de los padres, y Loli permaneció con Macu en la habitación mientras nosotros aguardábamos la llegada del coche verde.

Cuando les vi bajar del coche me desmoroné. Deseaba llorar, reír, abrazarles, besarles, pero el deseo de volver con mis niñas fue mayor y corrimos por los amplios pasillos casi sin hablar. Estaban tan emocionados como yo...

Recuerdo perfectamente a mi madre, en silencio, mirándome en todo momento, y la madre de Macu preguntando por su hija, luchando por entrar a verla...

Los padres esperaron casi toda la noche en el frío pasillo del hospital, sin hacer caso a los consejos de que se marcharan a descansar. Casi a las cuatro de la

mañana comprendieron, a duras penas, que sería mejor marcharse y descansar pues el día siguiente sería largo y emotivo.

Toda la noche - ya más tranquilos por saberles durmiendo en una cómoda cama - llevamos las respiraciones siguiendo las órdenes de los monitores, y Macu se convirtió en una mujer distinta ante mis atónitos y enamorados ojos. ¡Qué fuerza, qué valentía, qué tranquilidad, qué saber estar, qué cariñosa... wu, wu!

Estaba sufriendo dolores, angustias, malestar general, incomodidad, y aún tenía tiempo para preocuparse por mí, por mi cansancio, por mi hambre, por mi sed...

Conocimos a Jesús, el matrn, un hombre cariñoso, agradable y que nos ayudó mucho durante toda la noche. Qué alegría ver a alguien involucrado, emocionado, y dispuesto a todo, dejando de lado el aspecto profesional para hacerlo algo humano.

Hablaba con Macu como si se conocieran de toda la vida, apoyaba su mano sobre la desnuda rodilla mientras le hacía bromas, haciéndola sentir mejor... Juro que me sentí celoso, pero no maritalmente, sino de su buen hacer, de lo bien que realizaba su trabajo, y de la personalidad que desprendía.

¿Quieres ver a tu hija? - me dijo, y me mostró, aún dentro de su madre, la cabeza cubierta de pelo de mi niña, esa niña que por fin sentí a mi lado. Otro nuevo miedo se apoderó de mí y es que la niña venía con el cordón sobre el cuello, la madre tenía fiebre, y había algo extraño en el líquido. Por suerte Macu no se enteró de nada.

Y llegaron de nuevo los abuelos a primera hora de la mañana. Loli - otra vez allí con nosotros - me avisó de su llegada y salí a verles de inmediato. Seguían emocionados y algo asustados por la longevidad del acontecimiento.

Habían pasado ya casi dieciocho horas desde la última vez que comimos y el momento había llegado. Se llevaron la cama y me dejaron solo en la habitación.

Quería... necesitaba entrar con ellas, y lloré aun sabiendo que iban a dejarme estar a su lado. Cuando el enfermero vino por el pasillo con una bata verde, un gorro y unas zapatillas mi emoción se hizo tan grande que no caí al suelo por pura suerte.

Vestido como todos ellos entré en el paritorio y allí estaba Macu, retorciéndose de dolor, rodeada de tres mujeres, y un hombre que empujaba su barriga mientras le hablaba con cariño. Me pidieron que me colocara tras ella, pero yo necesitaba ver a mi hija.

- Venga cariño - le dijo la matrona - empuja, que ya está aquí.

Inconscientemente - me habían dicho que no me acercara - fui avanzando lentamente, como el niño que disimula para coger algo prohibido, hasta colocarme frente a ella.

Ella sudaba, su cara era un auténtico cuadro de dolor y angustia, sus sienes estaban pobladas de venas que nunca había visto, y encontré su mirada durante un segundo.

Intenté comunicarme con ella, pero ella no estaba para aguantar la mirada sobre la mía más de tres segundos. Estaba tan concentrada en todo lo que había aprendido que me hizo sentir un orgullo casi espeluznante.

Recordando las clases de parto que ella misma me había explicado, recordé la respiración de ese momento, medí el tiempo de cada respiración y comprobé que, una vez más, esa maravillosa mujer estaba venciendo al miedo... Seguía haciendo

sus respiraciones tal y como hacía en el coche o en casa, aun estando en un momento muy distinto, pues en las prácticas no aparecía ese dolor que arrastraba en su rostro.

- Venga cariño... sigue así - le dije instintivamente, haciendo que la matrona descubriera mi posición privilegiada, y también prohibida. Mientras seguía trabajando dentro del cuerpo de Macu, con sus ojos me indicó que volviera a la posición que me había indicado.

Durante un segundo - no duró más - pensé en obedecer, en no molestar, en ayudar en todo lo posible y no complicar, pero cuando vi salir la cabecita de mi hija, mi imprudencia me hizo quedar inmóvil, y ya no habría nadie que me hiciera mover de ese punto donde estaba clavado.

Una cabeza negra, totalmente negra, salió de ese cuerpo que había sido su casa durante tantos meses. La cabeza salió completamente, pude ver sus ojos cerrados, y cuando salió el cuello la cabeza se ladeó violentamente asustándome.

¿Cómo puede haber gente que no se atreva a contemplar semejante espectáculo?. No hay un solo aspecto sucio, no es nada físico... no hay sangre (juro que no se ve aunque exista), no hay nada desagradable... todo es algo mágico, algo que jamás podré olvidar y que aún a veces me acompaña por las noches haciéndome casi llorar.

Con una violencia casi salvaje la matrona tiró de la cabecita y sacó el resto del cuerpo. De no ser por comprender que nadie como esa mujer podría hacer por salvar a mi hija juro que la hubiera noqueado de un puñetazo... Y es que tiró de ella como el que tira de un cable para sacarlo de su funda, sin ningún cuidado - eso me pareció - y con una frialdad casi inhumana.

- Aquí está vuestra preciosa niña, mamá y papá - dijo esa misma mujer, haciéndome olvidar el odio que sentí inconscientemente.

La niña estaba con nosotros, y, ahora sí, el miedo se apoderó por fin de mi cuerpo cuando una enfermera se llevó a la criatura morada con rapidez. ¿Qué le pasa a mi niña?... ¿porqué se la llevan?...

Temblé, sentí un frío extraño por todo mi cuerpo al no poder verla con nosotros, y solo reaccioné cuando Macu, con lágrimas en los ojos, me llamó para que me acercara y la besara.

- ¿Es preciosa verdad? - me dijo con la cara bañada en lágrimas

- sí... como su madre - le dije besando sus secos y agrietados labios, que no habían recibido líquido alguno en las últimas dieciocho horas.

Otra vez Loli - ¿qué habríamos hecho sin ti? - usó sus influencias para que pudiera entrar con mi niña, y ver como la limpiaban, como sacaban sus mucosidades con un largo tubo que me dolía a mí más que a ella, y como tapaban su enconado cráneo para que Macu no se asustara al verla. Ahora sí puedo decirlo: "parecía un caracono".

Allí la miré detenidamente, me emocioné al acariciar su vientre delicado y suave, le di mi dedo para que pudiera cogerlo, y pude sentir su mirada sobre la mía.

Soy papi - dije con lágrimas en los ojos, pues me lo había dicho a mí, no a ella.

Allí me acordé de mi padre. Hacía más de treinta años era yo quien le miraba como ella me miraba a mí, y hubiera deseado recordar ese momento. ¿Mi padre me quiso como yo quise a esa niña en ese momento?... seguro que sí.

Fue Loli otra vez quien cogió a la niña y la llevó junto a su madre. Ver a Macu llorando, con su hija entre sus brazos, con esa cara aún dominada por el dolor y el esfuerzo, me hizo comprender que jamás podría separarme de ellas...

Cuando nos llevaron a la habitación deseaba escapar de allí para ver a los nuevos abuelos, darles un beso, y hacerles sentir partícipes de la emoción que me embargaba.

Cuando les vi me desmoroné. No lloré, o sí, no lo recuerdo, pero sí sé que les sentí mis padres como nunca antes lo había sentido. Volví a sentirme niño a su lado, aunque le noticia que les estaba dando era incompatible con ese sentimiento, y es que treinta y tres años después sentí que estaba tapando un agujero que nunca conocí dentro de mí pero que siempre había estado allí.

Era como si con el nacimiento de mi hija, su nieta, les acabara de pagar la deuda que tenía con ellos por mi propio nacimiento, algo en lo que nunca había pensado, ni a lo que le había dado la importancia que cobraba en esos momentos.

En las caras de los cuatro abuelos - las de las abuelas eran más fáciles de identificar - pude ver que ellos también volvían a sentirse padres, algo que, injustamente la mayoría de las veces, no les dejamos ejercer.

Y este es el pequeño relato de las dieciocho horas más felices y emotivas de las trescientas noventa mil que, hasta entonces, habían pasado por mi vida.

Todo esto que he escrito aquí, bien o mal, no es un ejercicio literario. Es, simplemente, la video cámara que no me dejaron meter en el paritorio.

Son todos los recuerdos que tengo escondidos en mi mente, y que solo tengo que cerrar los ojos para recordarlos como si fueran una película... *la mejor película de mi vida.*